

PRECIOS DE SUSCRICION

UN AÑO, OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes. No se admiten suscripciones por menos de un año. Un número suelto, DOS CUARTOS en toda España. Números atrasados, UN CUARTILLO DE REAL cada uno. Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente. Para suscribirse, remitir OCHO REALES á don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

DIRECTOR

DON URBANO MANINI

ADMINISTRACION

Calle de Villalar, número 6, (Recoletos)

MADRID

MODO DE SUSCRIBIRSE

EN MADRID, satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6. (barrio de Recoletos), se reciben á domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes *La Ilustración Universal*.

EN PROVINCIAS, remitiendo OCHO REALES en sellos ó libranzas á don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se recibe semanalmente por el correo y porte franco durante un año *La Ilustración Universal*.

De *La Ilustración Universal* se tira una edición de lujo cuya suscripción cuesta 24 reales al año.

ANUNCIOS:—A precios convencionales.

AÑO II.

AGOSTO.—1879.

NÚM. 75.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Los señores suscritores, cuyo abono termina en el próximo número 76, se servirán renovar á vuelta de correo su suscripción, si no quieren sufrir retraso en el recibo de nuestro periódico, rogándoles tengan muy presente que, siendo muy considerable el número de suscritores á cuyo servicio tenemos que atender, es muy conveniente que las renovaciones se hagan con tiempo, á fin de facilitar las operaciones de esta Administración.

Los señores suscritores que por cualquier motivo dejasen de recibir puntualmente los números de nuestro periódico, se servirán dirigir sus reclamaciones á esta Administración.

LOS ZULÚS

En el Cabo de Buena Esperanza, á la extremidad austral ó Sur del Africa, hállase un vasto territorio conocido con el nombre de Zuland.

Este territorio, poblado por diversas tribus salvajes, ha sido recientemente teatro de sangrientas escenas, con ocasion de la guerra, allí llevada, por los ingleses, guerra para ellos tan costosa, como estéril y de funestísimos resultados.

A cambio de un solo hecho de armas, de proporciones un tanto satisfactorias para los soldados de la orgullosa Albion, han sufrido derrotas y desastres de terribles efectos; entre otros, los de la batalla de *Isandlwana*, en la que los ingleses fueron degollados, sin escapar más que nueve á los horrores de la matanza.

Vive aún estremeciendo de terror y de indignación, todo pecho susceptible de sentimientos humanitarios, el recuerdo del asesinato tan alevoso como salvaje, de que víctima, por sorpresa, fué el desventurado hijo de *Napoleon III*, el ex-príncipe imperial de Francia, que hacia en las filas inglesas su carrera militar.

Cuéntanse horrores y crueldades de todos géneros llevados á cabo por los cafres del Zuland, quienes para lugar de sus actos de ferocidad tienen una cana que destinan principalmente al sacrificio y la matanza humana; y esta lúgubre region es el foco de predilecta visita de las hienas, de los lobos y de los leopardos.

En medio de la barbarie de los zulús, los escritores que se han internado en el Africa hasta conocer y estudiar sus usos y costumbres, hablan con elogio de su organizacion militar, que data del 1818, y es debida á *Chacka*, su rey.

Propúsose éste, llevar á su ejército todos los distintos y dispersos jefes de tribu y familia, que dispo-

nian, en caso necesario, de elementos de fuerza bastantes para constituir una horda guerrera.

Chacka, murió asesinado en 1828, y le sucedió en el trono su hermano *Dingaan*, verdadero monstruo de salvajismo y barbarie.

Entre sus actos de gobierno, se cita el de haber hecho asesinar un cuerpo entero de *Boers*, (soldados de tribu).

Irritada ésta, armóse contra *Dingaan*, le batió, le arrojó del reino y le envió á parar en manos de los *Swazis*, (otra tribu), que le dispensó el honor de degollarle.

Sucedió á *Dingaan*, su hermano *Panda*, que gozaba opinion de ménos sanguinario, á quien los zulús eligieron por jefe, cediendo á la dulce presion de los *Boers*, triunfantes en 1840.

Durante muchos años, *Panda* se condujo con prudencia y lealtad, pero concluyó por inclinarse demasiado en favor de la ingerencia inglesa en aquellos países, para engañarlos luego apoyándose en la proteccion de los alemanes, quienes tambien hacian su política silenciosamente por aquellos mundos.

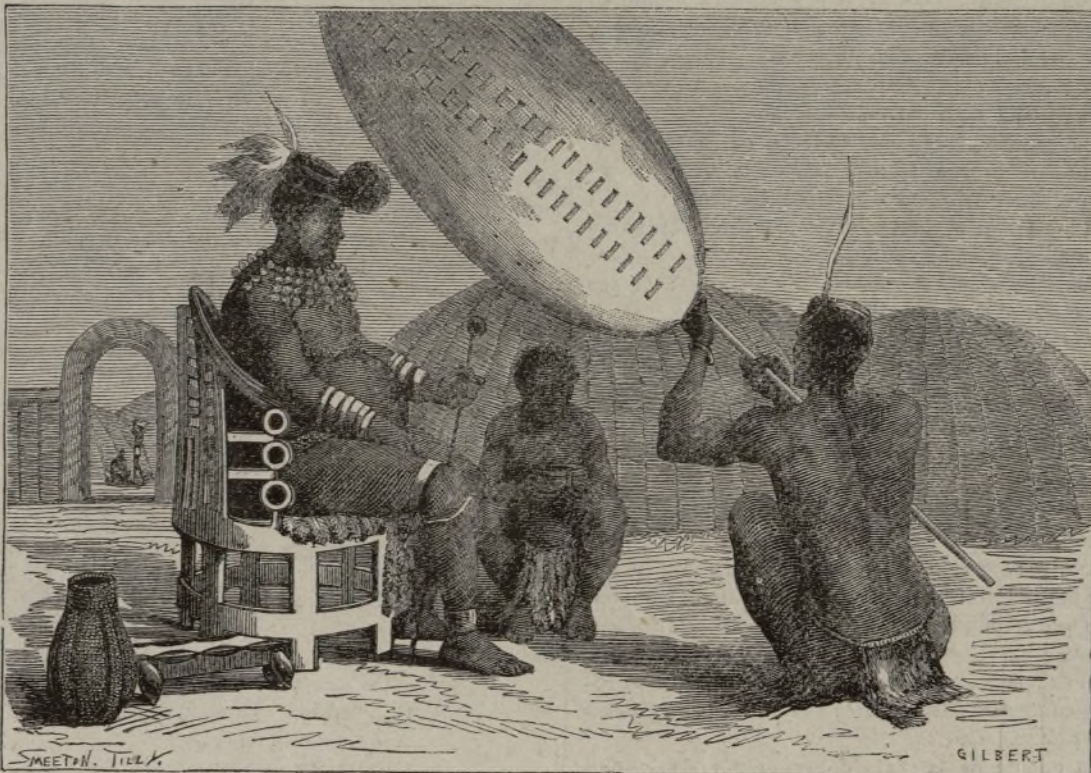
Desconocemos el final de este jefe, y en 1872-73, hallamos por rey de los zulús á *Cetewayo*, hijo de *Panda* y actual soberano del Zuland.

Este jefe puede ser considerado como continuador de la política de su señor padre, porque desde un principio encaminó sus esfuerzos á organizar su gente de guerra tan conforme, como le era dable, con el sistema militar prusiano; y el rompimiento de cruel hostilidad con los ingleses, dice el resto.

Los zulús, segun *Sir Bartle Frère*, uno de los escritores que mayor número de datos ofrece á propósito de tales pueblos, se encuentran hoy muy bien equipados y pertrechados, teniendo á su disposicion fusiles, cañones y defensas que, sin duda por castigo providencial contra su espíritu mercantil, les han proporcionado los mismos ingleses.

El grabado que acompaña á estos apuntes, representa á *Panda*, anterior rey de los zulús, y padre del actual, como hemos dicho, en union de *Cetewayo* y del primer introductor de embajadores y gran fuele de cámara en aquella tremebunda corte.

S***



PANDA, DIFUNTO REY DE LOS ZULÚS.

LA TERTULIA DE DON JUSTO

III

Llegué á sesión abierta y punto en el que decía:

Don Cándido.—Pues señor... Lléveme el diablo si este Sr. Mencheta no es de lo más marino que puede darse. ¡Cáspita, y como maneja el tecnicismo de la navegación!...

El marqués.—¿Se refiere usted á su carta desde El Ferrol?

Don Cándido.—Precisamente.

Don Zóilo.—Pero candidísimo amigo, ¿usted no sabe en donde está el toque de esa sabiduría?

Don Cándido.—¡Hombre!... Yo la supongo hija de conocimientos profesionales, ó de enseñanza bien adquirida...

Don Zóilo.—¡Bah!... ¡bah!... Pues sepa usted que toda ella no significa más que la copia del *Diario de á bordo*.

Don Justo.—Y sería estimable y hasta-instructiva á estar exacta la tal copia. Lo malo es que está hecha en forma incomprensible. Y si no es así, sirvanse ustedes decirme cómo entienden estas líneas que tengo á la vista: *A las diez se vió la farola de Cabo Prior, gobernando sobre ella*.

Don Zóilo.—Me hubiera gustado ver esa farola que se vió (á sí misma), gobernando (por sí misma), sobre ella (misma).

El marqués.—Pues todavía se habla en esa correspondencia, de otra farola nómenos estupenda. Oigan ustedes... Desde este punto á la Coruña, cuya farola y ciudad se distinguen á los reflejos del gas que ilumina la población, etc.

Don Justo.—¿Pero esa farola estaría apagada?...

Don Zóilo.—O estará alzada de intento para ser vista á merced del alumbrado de la ciudad.

Don Cándido.—Pues ea, marqués, ya que empezó usted el parralillo, continúe su lectura.

El marqués.—(leyendo) ...del gas que ilumina la población, HA SIDO HECHO prisionero dos veces el general Pavía, una el año 26, siendo guardia marina, PROCEDEnte de un viaje de Filipinas.

Don Cándido.—Hay tiene usted un participio de presente, que tiene 53 años de fecha.

Don Zóilo.—Y lo que es mejor aún, un guardia marina procedente, no de la escuela naval, como los de de su clase, sino de un viaje de Filipinas.

Don Justo.—¡Un poco de piedad, señores, que ya nos dice el corresponsal en los principios de su carta que estuvo sufriendo los efectos del mareo durante treinta y cuatro horas!

El marqués.—Pues entonces ¿cuándo la escribió?...

Don Cándido.—Vaya, vaya, no nos mareemos nosotros con tales despropósitos, y veamos á ver si por ahí aparece algo que merezca ser conocido.

Don Zóilo.—¿Algo?... ¡Y aún algos! Escuchen, escuchen ustedes la nueva en que aquí tropiezo:

«En el registro de la propiedad y oficina de liquidación del impuesto de traslaciones de dominio de Manresa, se ha descubierto una defraudación que asciende á algunos miles de duros».

El marqués.—Salimos de Málaga y entramos en Malagon, podía aquí decirse. Tenemos encausados, y con la petición fiscal encima á los malversadores y defraudadores de la administración militar en Barcelona, y nos salta entre los bolsillos otra defraudación nada ménos que en un ramo interesantísimo de la administración de justicia.

Don Cándido.—Por eso, sin duda se dijo: Tú que no puedes, llécame á cuestras.

Don Zóilo.—Ustedes, dirán lo que quieran, pero paréceme á mí, que va llegando la hora de que en este nuestro círculo humorístico neologizemos al gusto del día. Quiero decir, que así como por los tiempos de Góngora y Quevedo, se culto-latino-parlaba, por afectación de los usos, pongamos hoy en moda nosotros lo que pudiéramos llamar falsi-fraudocharia.

Así, por ejemplo, cuando llegue la ocasión de que nos sea preguntada la edad que contamos, conven-dría que respondiésemos: *Voy á cumplir tres carpelas falsas*.

Si se nos preguntare: ¿cómo va de salud? deberemos contestar: *Hoy me siento defraudado en algunos miles de contribución*.

La cuenta de la plaza deberá tomársela á nuestros criados el juez de guardia.

A cada billete del Banco deberá ir unido el Consejo de Administración, y al despedirse el que cobra del que paga, deberá hacerlo en estos términos: *El Saladero sea con usted, etc., etc., etc.*

Don Justo.—Vaya en gracia, ¡y qué buen humor nos gasta esta noche el displicente don Zóilo!

El marqués.—Amigo mío, ese es uno de los indicios del buen ánimo conque se dispone á emprender con tiempo su marcha á la corte, para asistir á las fiestas de las bodas reales.

Don Zóilo.—A propósito: ¿han leído ustedes el retrato fisiológico que de nuestra futura soberana (á lo que parece), hace un corresponsal desde Arcachon?

Don Justo.—Si tal, y por cierto que es bien halagüeño, y tan concluido, que parece mentira que hasta tal punto le sea dado al corresponsal de un periódico de noticias, conocer en tan poco tiempo prendas morales de tan difícil estudio.

El marqués.—¿Pues qué, creía usted que no había sino ser corresponsal?... Digo, ¡y en el estado de ilustración en que se encuentra hoy la prensa noticié-ral... ¡Ahí es nada la cosa!... Ríase usted de la penetración filosófica de Rousseau, y arroje al hornillo de sus hervimientos todas las sabidurías de Pico de la Mirandola, de Teophrasto y del mal sepulto Doctor iluminado.

Don Cándido.—En fin, permita Dios en su infinita bondad, que así sea la augusta señora, tan digna de ser recibida con palmas y coronas de mirto por nuestros compatriotas, como de ello nos la pintan esos corresponsales del día.

El marqués.—Lo que llama generalmente la atención, y demuestra rotundamente que todos esos corresponsales no pasan de la categoría de noveleros á la moderna, es que, ocupándose hasta en hacernos descripciones que pudieran calificarse de metafísicas, ni ¡uno sólo! dice si la futura reina entiende ó habla, poco ó mucho, mejor ó peor, la lengua de Castilla.

Don Justo.—De ahí, sin duda, la frialdad que manifiestan los constitucionales hácia el régio enlace...

Don Zóilo.—Oiga usted don Justo, respecto de los señores constitucionales, tengo yo opinion un tanto especial. Hácenme el mismísimo efecto que aquel padre Ginejo, testarudo ergotista en no recuerdo cuál comunidad monástica. Cuentan, que el tal era hombre de ningún carácter, gran petulancia, poquisimo mérito, y secreto y refinado egoismo, de cuyas resultas, hacía en ocasiones tanto caso del Prior, como en todas, lo hacía el Prior de él.

Don Cándido.—Y por otra parte, esos señores son los que ménos derecho tienen, en opinion mía, á mostrar frialdad, por lo mismo que son los únicos que están siempre en puerta para quedarse con todo al menor acontecimiento.

Don Zóilo.—¡Hombre! Don Cándido, ¿eso de quedarse con todo?...

Don Justo.—Dice bien, puesto que se refiere al poder, ¿conoce usted algun todo más humano?

El marqués.—Pues si esa era la referencia... dígoles á ustedes sin reserva, que frescos están los constitucionales. Pero (levantándose del asiento) esten ustedes tranquilos: cuando llegue el caso, endulzarán el molin, irán, si les convidan, á la boda, bailarán como el bolero de Totana (que dicen que reventó sin dar gusto á nadie), serán los más solícitos, afables, galanteadores y mimosos de entre los del régio concurso, perderán, al salir, la capa ó el gaban, cuya pérdida anunciarán despues en todos los periódicos de avisos, como objeto querido, por recuerdo de familia, y... hasta otra ocasión de hacer un pinito á lo canano de la venta. Conque, amigos queridos, buena noche y salud invariable.

Cinco minutos despues, el marqués y yo volvíamos en su phaeton á nuestra residencia de verano, y trasladaba al papel los recuerdos de la tertulia de aquella noche.

EDUARDO SACO.

VAMOS MINTIENDO

Un militar retirado
Que perdió en campaña un ojo.
Adquirió uno de cristal
Que uniformase su rostro.
Una noche, al acostarse,

Llamó á su criado Antonio
Y le dijo: ¡Pon ahí eso!
Y el criado, que era un porro,
Cogió el ojo en una mano,
Y se quedó como un tonto
Esperando órdenes nuevas.
—¿Qué esperas así, bolonio?
Díjole su amo irritado,
Y respondió en dulce tono:
—Señor, estaba esperando
A que me diera usted el otro.

Entrar en un escritorio
Solicitaba un muchacho,
Y el jefe le preguntaba
Como condicion al caso:
¿Qué edad tiene usted?

«Señor

Ayer cumplí veinte años.»
«Pues, amigo, no es posible.
Porque la casa ha acordado
No admitir al que no cuente
Veintinueve.»

«Pues conveagamos

En que estoy en condiciones
Para el servicio del cargo,
Porque á decir la verdad,
Y para ser á usted franco,
Mi madre tuvo un aborto
Que me retrasó en un año:
De suerte que ya ve usted,
Que mirándolo despacio
Tengo la edad que se pide...
¿Sería tonto el muchacho?

Negaba ante un tribunal
Un reo cierto delito.
Y así le objetaba el juez
Por declararle convicto:
«Es inútil que niegues:
Aquí están veinte testigos
Que depone contra vos
Porque vuestro robo han visto.»
A lo cual, respondió el reo
Entre altanero y sumiso:
—«Eso nada en contra mía
Puede probar, señor mío,
Porque yo puedo traer
Veinte mil que no lo han visto.»

DIÓGENES.

NOTICIAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

FALSEDAD DE LOS JIGANTES.

Una vez más, nos encontramos en el caso de desvanecer un error general y profundamente acreditado.

El de la existencia de los Jigantes como variedad natural de la especie humana.

Nada más infundado y erróneo que el asentimiento prestado á invención tan gratuita como fantástica.

Se ha creído durante mucho tiempo, que había existido en el mundo una raza de hombres de estatura muy superior á la de las generaciones conocidas. Y esta creencia se encuentra hasta en las tradiciones de un gran número de pueblos.

Cierto es, é indudable, que en todos los tiempos y en todos los países háse hallado, como sucede en nuestros mismos días, hombres cuya estatura sobrepasa notablemente las dimensiones comunes.

Pero estos individuos fueron, han sido y son, excepciones más ó ménos raras.

Para confirmar la opinion admitida á propósito de la existencia de la raza gigante, se ha asegurado diferentes veces, el hallazgo de esqueletos humanos gigantes.

En el siglo XVII, por ejemplo se, metió mucho ruido con el descubrimiento del pretendido sepulcro de «Teutobochus» rey de los Cimbros, quien á juzgar por la medida de su esqueleto, debió tener diez metros de altura.

Mas tarde, y despues de maduros estudios, se vino en conocimiento de que «Teutobochus» era un elefante fósil.

Esta es la historia final de todos los esqueletos de gigantes y la paleontología, (ciencia que trata de los seres cuyos restos yacen enterrados, y han vivido con anterioridad á los que actualmente viven), han venido á deshacer por completo tales errores.

Por otra parte, el estudio de los restos humanos más antiguos, demuestra que la especie humana no ha degenerado tan sensiblemente como, por muchos se cree, en muchos miles de años.

En cuanto á los Patagones, objeto de tantas y tantas fábulas en los últimos siglos, está hoy día, completamente averiguado que su estatura media alcanza aproximadamente 1 metro y 70 centímetros.

Lo repetimos: los gigantes son fenómenos excepcionales, hechos verdaderamente teratológicos, ó sea anómalos en la organizacion de los seres vivientes, prescindiendo ya de las fabulosas dimensiones que el vulgo les atribuye.

La más elevada de las estaturas humanas conocidas, fué la de un negro del Congo, á quien vió *Vander Broeck*, que alcanzaba 2 metros y 70 centímetros. El emperador *Maximino*, media 2 metros 50 centímetros.

Añadamos á lo dicho, que no hay familias de gigantes.

La singularidad de la estatura no vá más allá de una generacion.

Los hijos de los gigantes, entran en la ley comun de la naturaleza humana, y muy frecuentemente ocurre que mueren sin hijos.

General y tambien falsamente se les atribuye una fuerza extraordinaria; cuando científicamente está demostrado que son débiles, pusilánimes, y desprovistos de inteligencia.

Y á esta última verdad ha dado ingeniosa forma un notabilísimo pensador diciendo: *Los hombres muy altos parecen á las casas de muchos pisos: por lo general, el último, es el peor amueblado.*

POMPEYA

LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuacion)

¡Desesperado, loco de dolor, daba vueltas en torno de aquellos lugares, maldiciendo á mi negro destino!

Zante debió condolerse de mi triste situacion, porque una de las veces que me acerqué á él á fin de vencer su obstinada resistencia, me dijo:

—No te canses, Herion. Sabes muy bien que no nos es posible contravenir las órdenes que se nos dan. Más tarde, si me juras un inviolable secreto, te diré algo que puede interesarte.

Tuve que conformarme con esta promesa, y cuando Zante fué relevado por otro guardian, vino en busca mia, y despues de tomar muchas precauciones á fin de que no pudieran oírnos, me dijo:

—¡Júrame por los dioses infernales, por las cenizas de tu padre y por la Laguna Estigia, no revelar á nadie mis palabras, ni hacer la menor demostracion que dé á conocer que he podido enterarte de un acontecimiento bien triste por cierto.

Hice el terrible juramento en los términos que deseaba, y Zante continuó:

—De tu discrecion depende mi existencia.

¡Que la diosa de las venganzas te castigue si faltas á tus juramentos!...

Óyeme ahora.

Andros (este era el nombre del sumo sacerdote) hizo encerrar anteayer, cuando ya las sombras de la noche cubrian á la tierra, á una hermosísima jóven, robada en el camino que conduce á Atenas.

La jóven, que tenía tapada la boca con un lienzo á fin de que no gritase, en vano oponia á sus conductores una débil resistencia, forcejeando entre sus robustos brazos.

Una vez en el encierro, y en el momento en que tú guardabas en las arcas los ricos ornamentos del

templo, Andros pasó á ver á la víctima, encargándome que bajo ningun pretexto permitiese á nadie la entrada en su encierro.

—¿Y á Herion?—le pregunté, sabiendo la facilidad con que tú tienes acceso en todas partes.

—¡A ese ménos que á ningun otro!—me contestó.

—La mujer á quien voy á ver es su amada.

Ármate de valor, amigo mio,—prosiguió Zante,—y ten siempre presente tu juramento.

Entró el gran sacerdote, y una vez en presencia de la jóven, ésta se arrojó á sus piés, creyendo hallar en él un protector contra la violencia de que habia sido objeto.

Yo, por el puesto que ocupaba á la puerta de su encierro, oía perfectamente la conversacion que te voy á referir.

Ya sabes que Andros, tan híbrico como desprecupado, jamás hizo para nosotros misterio alguno de sus actos, por reprobables que estos fueran.

—¡Oh! ¡Tú que eres sábio y bueno,—le dijo la jóven con voz angustiosa,—sácame de estos lugares y haz que me devuelvan la libertad!

—Óyeme,—dijo Andros,—y calma tu angustia.

Hace un instante que te ví por vez primera, y sentí penetrar en mi corazon el amor que inspiran tus divinos ojos.

Soy aquí el supremo sacerdote, el hombre cuyo poder es ilimitado, y por lo tanto puedo acceder fácilmente á tus ruegos, si condesciendes con mi voluntad, si eres mia...

—¡Jamás!—exclamó la jóven.—¡Primero me harán pedazos, ántes que consentir en lo que me propones! ¡Apártate! ¡Me causas horror!

—¡Sé que amas á Herion,—dijo Andros,—á uno de mis esclavos, humilde perro, al cual puedo aniquilar fácilmente, si tal es mi voluntad!

¡Ay de tí! y ¡ay de él, sobre todo, si desprecias mi omnimodo poder!...

La voz de Andros, al decir esto, era horrible y amenazadora.

El soberbio sacerdote fingia indudablemente un gran furor, á fin de intimidar á la jóven.

Esta, al oír pronunciar tu nombre, exclamó:

—¡Oh! ¡Por los dioses, por lo que más ames, te ruego que no atentes á la vida de Herion!

(Se continuará.)

LAS DESDICHAS DE ANTOLIN

«Por cosas de este mundo, nunca te apures, que no hay mal que no acabe ni bien que dure.»

(Popular.)

I

¡Pobre muchacho!...

Puede asegurarse que ni una sola persona de cuantas tuvieron ocasion de conocerle y tratarle, dejó de sentir hácia él, desde el primer momento, tan tierna como sincera simpatía.

¡Era la personificacion cabal de la candidez y de la bondad!

Desconociendo á los que debia su existencia, vió morir uno tras otro, á quienes se llamaban sus parientes, sin haber conseguido nunca tener noticia del grado de parentesco que á ellos le ligaba.

Solo, sin medios de vida, sin otra instruccion que la adquirida en sus primeros años en una escuela gratuita: inclinado al trabajo por condicion natural primero, y por inminente necesidad despues, Antolin hizo lo que tantos otros, dedicar todo su tiempo, todo su ingenio y toda su actividad á procurarse la subsistencia por toda clase de medios, entre los honrados y lícitos.

Componia abanicos y sombrillas, hacia jaulas, afinaba pianos (de oído), zurcía sin que dejara de conocerse, escribia por encargo cartas, esquelas y memoriales, servia de testigo en todos los actos públicos otorgados ante el notario del piso segundo de la casa en que ambos habitaban: era el *corré-vé-y dile* de todos los inmediatos á su boardilla, y no habia en la manzana parturienta que de comadron necesitase á las altas horas de la noche, ni recado urgente, ni suceso que exigiese pronto y eficaz auxilio, del cual Antolin no fuese seguro y diligente gestor por unánime y probada confianza de convecinos y amigos.

Solicito siempre, pronto y resuelto á toda hora, dispuesto y hábil en cualquier ocasion, y para toda

empresa de modestos y pacíficos fines; alma apacible y desinteresada, tan cariñoso como bien quisto, pertenecía fatalmente Antolin al número de esos tantos seres nacidos por inexplicable y cruel fatalidad, para blanco de los acerbos rigores de la desgracia.

Y era ésta tanto más implacable y dura para con él, cuanto que le sometia siempre al sufrimiento de los efectos más ingratamente burlones y sarcásticos.

Antolin sobrellevaba con cristiana y edificante resignacion sus infinitas contrariedades y amarguras, y aun cuando el dolor traspasase en ocasiones su alma, nunca dejaba de canturrear con la sonrisa en los labios, su copla favorita: la que aparece á la cabeza de esta iniciada, verdadera y lastimosa historia.

II

«Unos nacen con estrella, y otros nacen estrellados.»

¿De qué género eran las desdichas de nuestro hombre?

Por regla general, respondian al *semi-trágico*, sin que de vez en cuando dejasen de adquirir los tonos del *cómico-grotesco*.

Y la exposicion de algunas dará á usted motivo para apreciar la verdad ó inexactitud de nuestro juicio.

Un día sintió Antolin en la boardilla separada de la suya por un mediano tabique, ayes y gritos tan repentinos como alarmantes.

Corrió al lugar de donde partian, y franca la puerta, enteróse de lo que ocurría.

Su más próximo vecino, un cartero, que hasta entonces no habia dado la menor ocasion de escándalo en la casa, sacudia el polvo á su pobre mujer, tan irracional como injustificadamente; en la suposicion gratuita de que fuese alguna vez justo que el hombre maltratase á la compañera de sus días.

Antolin se interpuso entre el apaleador y la golpeada, no sin participar en algun modo de unos cuantos coscorriones, perdidos favorablemente para el blanco á que iban asestados.

Pero esto hubiera sido lo de ménos, si á los ecos de la movida zalagarda no acudiese tan iracundo como bien provisto de garrote el portero, pariente muy próximo de la zurribandada, y entre afín y marido no diese principio una de estacazos y mogicones por arte del diablo, y en su mayor parte llovidos sobre la cabeza del compasivo intermediario.

Ignórase á la fecha el motivo de la batalla doméstica, pero sábese muy bien que de sus resultados, Antolin pasó á la casa de socorro, y desde allí al hospital, en el que permaneció herido y maltrecho por espacio de mes y medio.

Cuando en él le visité, me dijo entre lloroso y sonriente: *La caridad tiene sus quiebras.*

Repuesto apenas de su imprevista dolencia, entregóse Antolin con el entusiasmo que caracterizaba su laboriosidad, á reunir y fijar sólidamente por un procedimiento de su invencion, los añicos á que un golpe habia reducido una estatuilla de porcelana china, trabajo confiado á su habilidad y esmero.

Cuando le dió cima, envolvióle cuidadosamente, y con el buen ánimo que siempre produce la segura esperanza de obtener el fruto *positivo* de todo trabajo, dirigióse á la casa del propietario de la estatuilla, pero, como siempre, la desgracia acechaba sus pasos.

Cuando más tranquilo y resuelto caminaba, sintió venírsele encima un bulto tan informe como pesado.

Rodó á impulsos de su choque y peso, y la sangre que brotaba de las heridas abiertas en su cabeza regó los nuevos fragmentos de la estatuilla estérilmente compuesta.

Un maestro de escuela, á quien el hambre y la desesperacion habian trastornado por completo el juicio, acordó suicidarse, arrojándose á la calle desde la ventana del sotabanco en que vivía, sin ocurrirle que su acto suicida, podia complicarse con el de un asesinato imprevisto.

Sabido es que los borrachos y los locos tienen para su uso particular una especialísima providencia.

El suicida sufrió algunas contusiones, mientras que el hombre útil, juicioso y atento allí dónde le llamaban sus intereses, quedó en el más grave de los estados posiblemente graves.

Esta vez, la estancia de Antolin en el hospital, fué más larga, y más temida en efectos de fatal terminación.

Pero también curó.

A ser el otro hombre, y á pensar con alguna elevación de ideas se hubiera dicho: *Indudablemente la desgracia que me persigue, lucha con las reservas que la suerte me guarda.*

Lo único que le ocurrió decir delante de los que le felicitaban cariñosamente por el buen éxito de su pasada desdicha, fué: *Dios aprieta... pero no ahoga.*

A los pocos días, estaba Antolin en su taller-oficina-despacho vendado aún y entregado tranquilamente á la pintura de un país de abanico, cuando á distraerle en su tarea, vino la doncella (por tal la tendremos) servidora de la inquilina del principal con el siguiente diálogo:

—Señor Antolin, felices días.

—Muy buenos, Marta, ¿usted por aquí?

—Vengo por orden de mi señora, á pedir á usted un favor.

—Así pueda yo servir á ustedes, como tengo para ello voluntad.

—Pues es el caso que á mi señora le ha tocado la lotería...

—En el alma que me alegro, que es la de usted muy buena señora, y merece toda suerte de felicidades.

—Pues bien: como usted sabe, mi señor está fuera de Madrid; mi señora anda algo achacosa, y quisiera que fuese usted, como persona de toda confianza, á cobrar el premio del billete, siendo así el primer llamado á disfrutar en alguna parte de los beneficios de la suerte.

—Dios se lo pague, como falta me hacen esos señores. Pues, baje, y díjala, que ántes de diez minutos estaré en su casa y á sus órdenes.

—Allá voy, y... gracias desde ahora, señor Antolin.

—Adios y mandarme, linda Marta.

Y en efecto, no había trascurrido un cuarto de hora, cuando Antolin provisto del correspondiente billete décima parte de uno que en su poder puso la señora del principal, salía de la casa dirigiéndose á la administración de loterías, á la cual correspondía la satisfacción del premio.

—¡Algo es algo!—iba diciendo por el camino nuestro pobre Antolin,—la señora es generosa, y; ¡qué diablo! cuando á un rico se le entran en la gaveta de mogollon *¡ochocientos mil pesetas!*... eso es, la décima parte de 80.000, que es el premio grande; ya puede contarse con una propinilla regular... ¡Si me diera veinte duros! Y discurrendo así, y forjando proyectos como la lechera de la fábula, llegó al término de su viaje.

Repasó ántes de todo la lista oficial del sorteo.

¡Allí estaba su número!... el 13.824 ¡el premio

grande! ¡el de las ochenta mil pesetas!... Acto seguido penetró en el despacho y entregó el billete al administrador.

Este le miró, remiró y volvió á mirar.

De pronto, llamó á su auxiliar y conversó con él rápidamente y en voz baja.

El auxiliar salió volviendo á los pocos instantes acompañado de dos agentes de la autoridad.

—Prendan ustedes al señor,—díjoles el lotero.

—¡A mí!—exclamó sobresaltado y temblando el pobre Antolin.

—Viene á cobrar un décimo falso.

—¡Señor, que no es mio!... ¡que no soy más que encargado de su cobro!... qué ese billete pertenece á doña Trinidad Sopimpa, una americana, que vive...

—Bien, bien, todo eso se lo dirá usted al juez cuando llegue el caso. Ahora síganos usted,—dijo uno de los agentes.

—Pero señores, por Dios, acompañenme ustedes á mi domicilio, y sabrán que yo, sobre ser incapaz de delinquir...

—Nada, nada, andando.

Y no hubo más.

A la media hora Antolin yacía en el *Saladero Nacional*.

Y pasó la tarde; y la noche; y el día siguiente, sin que, ni la interesada, ni los conocedores del caso, hubieran tomado la molestia de averiguar lo ocurrido. Antolin era el blanco de las murmuraciones, de de las calumnias y de las injurias más injustificadas y agresivas de todos los vecinos de la casa.

—¡Miren el mosca muerta!—decía la vecina aquella, á quien por defender de los golpes del cartero, su marido, tuvo que parar en el hospital,—ahora salimos conque era un canalla!

—¡Yo nunca hubiera creído al Sr. Antolin capaz de cometer una estafa!—añadía otra mejor pensada.

—¡Digo... y OCHO MIL PESETAS que se ha llevado el angelito! ¡Vaya usted ahora á encargarle que la eche un clavillo!...

—¡Sí, sí, clavillo!... No ha sido mala tacheluella que le ha echado á doña Trinidad!...

—¡También la señora ha tenido mucha cofianza en ese pelele!...

—Pero ¿quién había de presumir?...

Todas las hablillas cesaron de golpe.

Un individuo de alguna edad, y con una cara de hombre de bien, que apenas podía con ella, se presentó en casa de doña Trinidad, llevando una carta.

Era de Antolin, del canalla, del estafador, del criminal, del preso.

Contaba en ella lo sucedido, y pedia, en letras torcidas por la agitación del pulso y empapadas por el llanto, que se hiciera, *ante todo y sobre todo*, justicia á su honradez.

Y doña Trinidad, conmovida primero, y convencida después del deber que la obligaba, no descansó hasta conseguir que, ¡al cabo de mes y medio! revo-

case el juez competente, el mandato de prision que Antolin venía sufriendo.

La estafa del vendedor de billetes falsos le había proporcionado esta nueva amargura.

Cuando volvió á su casa, no faltó ni una sola de aquellas vívoras domésticas á felicitarle.

—¡Ya decíamos nosotras!...

—¡Cómo era posible!

—¡Yo hubiera puesto las manos en el fuego!...

—¡Dudar del señor Antolin!...

Etc., etc., etc.

Y al eco de cada una de estas frases, sentía Antolin dilatarse el pericardio, y bañado en miel el exótago, y los pulmones funcionando en una atmósfera saturada de ambrosía, y el aparato digestivo contrayéndose con violencia, como si le pidiera á gritos alimento y reposo.

Y apenas si había gozado del primero de estos beneficios y empezado á disfrutar del segundo, cuando vinieron á poner de nuevo á contribución su bondad y su longanimidad.

De la casa de enfrente, y de su cárcel de alambre había escapado un canario, que libre y altivo piaba en el alero más inmediato á la boardilla de Antolin.

Lanzóse nuestro hombre en busca del pájaro prófugo, y en una de las suertes de caza perdió el pie, rodó por el tejado, y desde allí fué á dar con las costillas en el mismísimo suelo del patio.

¿A qué seguir?...

Digamos aquí, sin reservas de género alguno: *Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos.*

EDUARDO SACO.

CHARADITA

Por ir de prisa,
Contra una puerta,
Prima segunda
En la mollera
Un zamarrazo
Que aún me atormenta.
Busqué en el acto
Trapos y vendas,
Y con tintura
De varias hierbas,
Fuí y dos y prima
Muy linda friega.
Cuando curado,
Prima, dos, terciá,
Sobre la causa
De mi dolencia,
Me dije: ¡Tonto!
Tercia primera,
Siempre que corras
Tal consecuencia.
Y desde entonces,

¡Quién lo dijera!
Ni prima quinta
Mis pobres piernas,
Sin ver despacio
Dónde se sientan.
Hoy ya me encuentro
Mejor de fuerzas,
Y si me alivio
Con la terciá,
De que ya llevo
Arroba y media,
Tomado á sorbos
Y con manteca,
A Dios le ofrezco
De todas veras
Tirarme al todo
Desde Valencia,
Antes que víctima
De mi torpeza,
Volver á herirme
Por ir á ciegas.

(La solución en el número próximo).

Solución á la charada del número anterior.

BLAS-FE-MIA.

Imp. de E. Rubiños, Plaza de la Paja, núm. 10.

Precio: UN REAL cada línea.

ANUNCIOS

Dirigirse calle de Villalar, 6, bajo.

URBANO MANINI, EDITOR
BIBLIOTECA DE LUJO

Obras encuadradas á la rústica al
precio de cuatro reales cada una en
toda España.

VIZCONDE DE SAN JAVIER

El Invisible.
La loca del Buen Retiro.
Tres años en Fernando Póo.
Don Juan el Tuerto.
La novicia de las Huelgas.
La manola de Lavapiés.

PERRON D' ARC

La Australia.

PAUL DE KOCK

La jóven de las tres enaguas.
Las ligas de la desposada.
Los arroyuelos.
La hermana Ana.
Un buen sujeto.
El rigor de las desdichas.
La mujer, el marido y el amante.
El hombre de los tres calzones.

Remitiendo 4 rs. en libranza ó sellos á don
Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, Ma-
drid, se recibe cualquiera de estas obras á vuel-
ta de correo y porte franco.

OVIEDO

En la acreditada librería de D. Juan Mar-
tínez se hallan de venta, al precio de cua-
tro reales cada una, todas las obras publi-
cadas en la linda biblioteca de D. Urbano
Manini.

GRAN LAMPISTERÍA DE M. RIAZA

Fuentes, núm. 1.

VERDAD EN BARATURA

En este Establecimiento se venden los
géneros de lampistería, utensilios de co-
cina, tubos, mechas, bombas, pantallas,
jaulas, y aceite mineral por cuartillos y por
latas.—Se lleva á domicilio.

VENID Á ESTA CASA Á COMPRAR BARATO

AVILÉS.—En el acreditado estableci-
miento de D. Indalecio García, se hallan
de venta todas las obras publicadas en la
biblioteca de D. Urbano Manini, al precio
de cuatro reales cada una.

GUARNICIONERO.—JARDINERO.

Se necesitan para una fábrica á 7 leguas
de Madrid, Calle de la Madera baja, nú-
mero 8, bajo, de 11 á 3.

RELOJERÍA DE ARAMBURU NO MÁS ROBOS DE RELOJES CALLE DE SAN BERNARDO, 1

Don Juan de Dios Aramburu, relojero establecido en la calle de San Bernardo,
número 1, ha inventado un procedimiento para impedir sean robados los relojes
por medio del garrote, ó sea tronchando el asa.

Este seguro se coloca de simple metal, ó bien de plata, de doublé ó de oro.
PRECIOS: de metal, 8 rs.—De plata, 16 rs.—De doublé, 20 rs.—De oro, des-
de 60 rs. en adelante, según su peso.
La misma seguridad tienen todos, y pueden colocarse en distintas cadenas.

E. JIMENEZ SCHLACHTER

constructor de muebles de ebanistería y
tapicería.

Hortaleza, 50.

VALLVERDE, 22

Marcos de talla, antiguos y dorados.

SE VENDE UN APOSTOLADO.

UNA GRAN CASA ESPAÑOLA EN
París desea una señora de compañía de
la misma nación. Sueldo, 2.400 frs. Diri-
girse á M. Alphonso, 37, boulevard Sebas-
topol, París.

PRACTICANTE DE FARMACIA.

Se necesita uno con buena práctica y an-
tecedentes. Dirigirse á D. Diego Elegido,
en Toledo, fijando condiciones.

UNA BUENA COCINERA QUE SEPA
guisar bien á la francesa y que tenga bue-
nos informes, puede presentarse, calle Pre-
ciados, esquina á la Puerta del Sol, Cami-
sería.

TIENDA CON HABITACION.

Se desea una en cualquiera de las calles
siguientes: Montera, Cármen, Preciados,
Arenal, Mayor, Esparteros, Correo, Car-
retas, Atocha, Espoz y Mina, Carrera de
San Jerónimo, Sevilla, Alcalá y Peligros.
Tomará los avisos el memorialista de la
calle de la Paz, núm. 3.